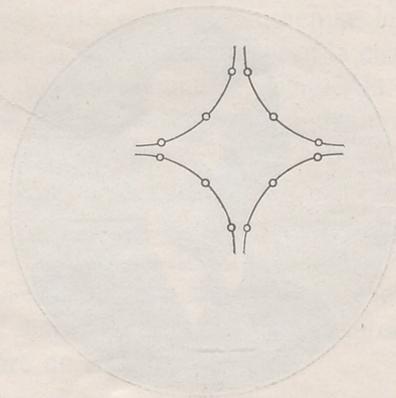


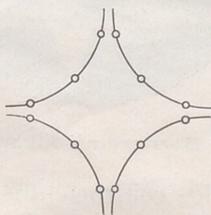
CONCURSO DE BELLEZAS INFANTILES



Ninín Jiménez Fernández — 3 años



Victoria Gómez Navarro — 13 meses





Amaneció un espléndido día...

En el poblado del Caney, los cuatrocientos y pico de españoles que, a las órdenes de Vara de Rey, habían de escribir con su sangre gene-



Leonardo Blanco López

rosa una de las páginas más gallardas de la historia militar del mundo, aprestáronse a la defensa.

Los americanos dieron prontamente señales de actividad, y sobre el poblado llovió la metralla.

El general Vara de Rey y los heroicos jefes y oficiales que le acompañaban, distribuyen su tropa, arengan, enardecen al puñado de españoles que, extenuados de cansancio, de hambre, de las crueles vigiliás del campamento, descalzos, enseñando la carne por los jirones del traje, se disponen a morir en sus puestos.

La consigna es no disparar hasta que el enemigo esté próximo; aprovechar bien las municiones, que no abundan.

Con sacos terreros y cajones de galleta se construyen febrilmente parapetos en las calles por donde ha de pretender penetrar el enemigo.

Los enemigos avanzan confiados.

La noche antes, Roosevelt, que mandaba las fuerzas enemigas, había creído tan fácil empresa desalojar a los españoles del Caney, que al preguntarle el general en jefe qué plan había de desarrollar, cómo iba a arrojarles del Caney,

contestó con una frase gráfica: «Les echaré a sombrerozcos».

Apenas iniciado el ataque, Roosevelt comprendió que se las había con soldados dispuestos a reproducir el gesto magnífico de la Infantería española en Roevoy.

El Caney contestó vigorosamente al grupo enemigo. Los americanos, en impetuosos avances, llegaron varias veces hasta los mismos parapetos y hubieron de retroceder ante la gallarda resistencia que oponían los españoles.

La metralla rompía las casas y hacía saltar los parapetos. Bajo un sol de fuego, nubes de humo ascendían a los cielos como una ofrenda. No se podían evacuar las bajas, y los heridos, derrengados, sangrientos, yacían al azar, donde cayeran.

A las once, el inclito general Vara de Rey, caía con las piernas atravesadas a balazos.

Y allí se vió lo empeñado, lo sangriento de la lid... Tratóse de llevarlo en una camilla, y camilleros y general perecieron bajo una lluvia de plomo. Otras dos veces se intentó el esfuerzo, y rodaron los portadores de la camilla. En torno al cadáver de Vara de Rey había un montón de muertos y heridos...

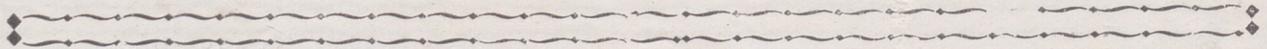
Formidable momento el de la agonía de la



Bernardino Alvarez

posición. De los cuatrocientos y pico de defensores, sólo un escaso centenar vivía, y la mayor parte heridos.

Los americanos entraron, al fin, sobre mon-



tones de muertos, y encontraron sólo unos pocos de soldados famélicos, extenuados...

¡Gloriosa jornada la del Caney! En ella se demostró, una vez más, toda la enorme pujanza, el vigor, la gallardía de nuestra raza.

Soldados hambrientos, llenos de fatiga, insomnes, cubiertos de harapos, en tan exiguo número, contener a 6.500 americanos, robustos, sanos, bien equipados, con excelente armamento, dotados de ametralladoras y cañones de tiro rápido, y mantener inhiesta bravamente la bandera de la patria en condiciones tan notoriamente desiguales, desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde, es una de esas páginas que ningún ejército ha podido superar.

El Caney, con su gloria inmarcesible, alivia el dolor que produce aquella campaña funestísima en que se hundieron los restos de nuestro inmenso imperio colonial.

Bien hizo el Gobierno, pues, en condecorar

a los pocos supervivientes de tan heroica resistencia, dos de los cuales son hijos de nuestra provincia.

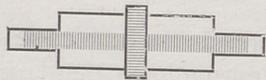
Leonardo Blanco López, natural y vecino de esta ciudad, a quien se impuso en el paseo del Túnel la condecoración, cayó con el pecho perforado por varios balazos al lado del general Vara de Rey.

Bernardino Alvarez, natural y vecino de Trobajo del Cerecedo, a quien se le impuso la insignia en Armunia, conserva la cicatriz de un casco de granada que le rompió la mandíbula derecha, hombro y brazo del mismo lado, cayendo en gravísimo estado en poder de los americanos que, respetuosos con los defensores del Caney, hicieron al general muerto honores militares y cuidaron solícitos a los heridos.

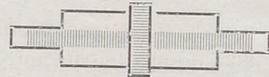
La revista LEÓN se suma al homenaje hecho a los héroes que tan alto supieron poner el nombre de España,



Grupo interesante presenciando el desfile de la tropa que asistió al acto de la condecoración



EL EGIPCIO



Viñeta escénica leonesa

PERSONAJES: *Olvido*, veinte abriles, hermana de *Purita*, diez y nueve primaveras, y ésta, novia de *Toño*, más primavera que los años floridos de sus bonitas esposa y cuñada futuras. Se entienden los novios a escondidas de los *papás* con la complicidad de la hermana mayor. El chico *no entra en casa*, oficialmente, pero particularmente está a todas horas, porque va a dar *paso* con el *papá*, si suponemos a éste profesor, o a llevar papeles, si lo hacemos abogado y aprendiz *forunculoso* (o séase del foro) al chico, o estudiante de Medicina, si a su futuro suegro lo hacemos médico..., etc.

LUGAR SUPUESTO DEL LANCE (verídico): Sala entonadamente burguesa. Un piano... *Purita*, inquieta y soñadora, pellizca el instrumento que, al quejarse, lanza unas notas parecidas a un *fox...* A un *fox... terrier* cuando gruñe. La pianista mueve la cabeza más que los brazos, porque la tiene muy ligera. *Olvido* cose.

ESCENA I

OLVIDO.—Ya podías cambiar el repertorio.

Llevas hora y media con el dichoso *fox*.

PURITA.—Es que quiero cogerlo bien, porque lo van a tocar en la verbena y es algo difícil para *Toño*. Como es un poco *pato-sín*, en el baile tengo que hacerlo yo todo. Si no le llevo, me pone los *quesos* al jerez, de pisotones.

O.—¡Qué exagerada eres! ¡Pobre *Toño*! ¡Si te oyese!...

P.—No; si después de todo es un buen chico. Le aprecio. Como nos dijo el padre el otro día en la plática: vale más que los halléis amigos del estudio que del baile...

O.—(Riendo) Veo que te aprovechas de los sermones tanto como del noviazgo.

P.—De lo último, bien poco. Como tú estás siempre encima...

O.—Como que querías que os dejase solos, para que ocurriese lo del martes.

P.—¡Bah! (sonrojándose). ¡También tú!... Cualquiera que te oyese!... Total fué uno... ¡y tan pequeño! Si hubieses visto el que le dió la artista de la *pelí* del domingo al final... ¡Kilométrico, chica, kilométrico!...

O.—Eso es lo que te trae a tí, y a otras a mal traer. El dichoso *cine*. Tenéis la cabeza a pájaros. Siempre andáis trastornadas porque hoy empieza esta cinta, porque mañana empieza la otra...

P.—Si lo que trastornan es al terminar.

O.—Quita, quita de ahí, loca. (Haciendo que reniega,

pero sonriendo). Vas a convertirte en una peliculara de verdad.

P.—Como que me gustaría ser *estrella* de cine. Y ahora que me acuerdo ¿ha salido papá?

O.—Va para un rato. Con machacar el piano no te has dado cuenta.

P.—¡Ah, pues, entonces, vas a ver a *Mary Pickford*, a *Pola Negri*, a la *Bertini* y a la *Raquel* achicadas.

O.—Pero ¿qué vas a hacer? (Viendo a su hermana agacharse para coger algo oculto debajo del piano).



PURITA.—¡Fumar!

P.—¡Fumar!... (De rodillas, alzando un pitillo).

O.—¡Dios mío! Cuando yo digo que había que atarte...

P.—Calla, tontina. Voy a darme el gustazo de fumar como una estrella de esas, como las damas *chic* de los casinos cosmopolitas (Con entonación cómica). ¡Oh! ¡El fumar! Placer delicioso de los dioses... Ver surgir las espirales del humo y mezclar con ellas nuestros ensueños, el vagar de nuestro pensamiento. Yo, fumando tendida en el sofá, así (se tiende) me he creído transportada a un oriental alcázar, donde era yo la sultana de un vasto imperio poderoso.

O.—¿Has fumado ya antes, criatura?

P.—Sólo he chupado alguna vez el alfiletero. Conque figúrate lo que será fumando de verdad...

O.—¿Y dónde has cogido esa porquería?

P.—¿Porquería? Si es un egipcio: fijate bien, emboquillado de oro, elegante, aromático... De los que fuman las millonarias yankis, las estrellas del arte, las damas encopetadas, y...

O.—¡Cuántas chifladas hay por esos mundos!

P.—Di que no se ha puesto esto de moda en León, que

si no, las que venden *parroches fresques* por Gijón iban a fumar menos que tú.

O.—¡Uf! ¡Qué asco! ¡Tabaco!...

P.—Una cosa deliciosa. Sobre todo estos egipcios que son unos cigarros muy ricos.

O.—¿Estás segura de que es egipcio?

P.—Paisino de los faraones completamente. De éstos los fumaba Tutan Khamen, y los fuma papá cuando repican gordo. Como que en un descuido se lo quité esta mañana de la caja que tiene guardada para las gentes de viso.

O.—Eso más. ¡Papá que por lo único que se alegra de que seamos chicas, es porque no le fumáramos los pitos!

P.—Déjate de bobadas y tráeme una cerilla de la cocina.

O.—¿Pero de veras vas a fumar?...

P.—Tan de veras, que si no traes la cerilla, le *pispo* el encendedor de *postín* a papá.

O.—Eso no; que tienes que revolver el *buró*.

P.—Obedece, pues, esclava, los mandatos de la favorita (*Sintiéndose sultana completamente*). (*Mutis Olvido. A poco vuelve con una caja de fósforos y enciende uno aplicándolo al cigarro que Purita sostiene en la boca.*)

P.—No se enciende...

O.—Chupa, así prenderá.

P.—Si es culpa tuya; estás temblando con la cerilla.

O.—¡Ay! que tengo miedo que te ocurra algo.

P.—¿Qué va a pasar? Trae, enciendo yo. Verás (*Enciende, chupa y empieza a toser*).

O.—¿No te lo decía yo?



...aplicando el fósforo al cigarro...

P.—Es la primera bocanada... (*Da la segunda chupada después de un rato y... vuelve a lo mismo*).

O.—Sí; pues la segunda... Tira eso, si no vas a echar los hígados.

P.—Hay cosas que la primera vez no sientan bien, pe-

ro después se acostumbra uno y saben tan ricamente. El tabaco es así como la cerveza. Y algún cigarro tiene que ser el primero. (*Sigue fumando entre toses, refregones a los ojos que la lloran y gestos de impaciencia de su hermana. De repente... ¡el caos! Palidece, abre la boca, que se llena de agua, angustiosamente, cógese con una*



OLVIDO.—¡Maldito cigarro!

mano la garganta, echa la otra a la cintura y...

P.—¡Olvido! ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es esto?...

O.—(*Asusta ta*) Purina; rica... ¿qué te pasa? ¿lo ves? Si te lo decía yo... ¡maldito cigarro! (*Se lo coge y lo tira*).

P.—¡Me... me... mue... ro!...

O.—(*Llorando*) ¡Jesús, Jesús!... No; pobrina; no será nada. Voy a traerte agua...

P.—(*Entre bascas*) No; no; agua, no... quiero...

O.—Entonces, ven, ven. Contente un poco... No vayas a poner la sala perdida. (*Mutis ambas, medio arrastrando Olvido a la fumadora. La sala queda sola unos momentos. Los precisos para que la sultana convierta en calderilla la peseta que se fumó. Vuelven a entrar, llorosa y desmayada la del egipcio, que se sienta en el sofá sin tantas ganas de orientalismos. Olvido vuelve a su labor. Pausa.*)

O.—¿Te encuentras mejor? Eso pasará pronto, pero bueno es que te sirva de escarmiento.

P.—Esto me ha pasado porque tragué mucho el humo.

Para otra vez tendré más cuidado.

O.—¡Aún serás capaz de repetir!

P.—¿Cómo no? Una vez a cualquiera se le tuerce.

O.—Con el sabor tan horrible que debe dejar.

P.—Eso sí; tengo la boca rabiando. Pero es el primero.

O.—Y ese mal olorazo...

P.—¿Huelo a tabaco? Eso se quita. Por no enjuagarme

ahora dame los bombones que nos regaló hoy la tía. Es un perfumador más agradable...

O.—¡Otra vez a levantarme! (Cuando coge de un juguetero el paquete de bombones, suena el timbre de modo especial.

P.—¡Toño! Ahí está. Sal a abrir y... vete a ver qué pasa en la cocina un rato.

O.—Iré; pero ¡formalidad! ¿eh? (Mutis. Purita se mira en un espejo que hay en la sala).

ESCENA II

PURITA (en seguida Toño)

PURITA.—Un poco pálida estoy, pero interesante (Cuando se arregla el velo entra Toño).

Toño.—Parece como si esperaras al novio...

P.—¡Acaso!...

T.—Pues no le esperes, porque ya está aquí...

P.—¡Qué presumido! ¿Dónde has olido tú que ha entrado ese pájaro?

T.—Lo que... (frunce las narices) lo que... huelo es que hueles a tabaco...

P.—¿A tabaco? ¿Tú qué dices? ¡Tú no estás bueno! A ver si te ha dado ahora por fumar y te hueles tú mismo!...

T.—¿Yo? Si no fumo... Tú si que parece como que hubieses fumado...

P.—¡Ay que horror! (Se levanta) Vete, Toño, vete, por



Toño. —¿Quieres que te ayude?
Purita.—¡Aparta!

Dios. No vuelvas a hablarme ya más... Estás loco, loco perdido. ¡Vamos! que decir que yo fumo!... (Pasea alborotado).

T.—¡Mujer! No te pongas así. Si ha sido una broma...

P.—¡No te acerques! No quiero ni verte. No te arrimes porque... (me vas a oler el egipcio).

T.—No te enfades tanto, boba. Si te lo dije por hacerte rabiarse un poquitín (aunque juraría que olía a eso).

P.—¡Vaya unas bromas que tiene el niño! No quiero hablar más contigo... (hasta que no me enjuague).

T.—Pues fijate el caso que hago yo del fumar tuyo, que de buena gana haría lo del martes.

P.—¿Sí?... Para que dijeses después que tenías por novia una cajetilla de cincuenta (Y que podría decirlo)... (¿Dónde habrá puesto esa los bombones?) (Revolviendo en el juguetero).

T.—¿Qué buscas? ¿Quieres que te ayude?

P.—Aparta. No quiero nada contigo. (¡Qué compromiso, si se empeña!).

P.—¡Mujer!... (Se sienta el pobre en el sofá contemplándola, languideciente). (Pausa).

ESCENA III

DICHOS-OLVIDO

O.—¡Qué callados estáis! (¡Yo que pensaba otra cosa!)

T.—¡Esa!... La he gastado una broma y se ha enfurrinado terriblemente.

O.—Ya se le pasará ¿Verdad, Puri? Toma un caramelo.

P.—(Bajo a su hermana que se le acerca). Con quien voy a enfadarme de veras va a ser contigo. ¡La que me has hecho por llevarte los bombones!...

O.—¡Si no hubieses fumado!

P.—No volveré a ello. ¡Si vieras lo mal que me resulta! (Mirando a Toño, suspirante).

TELÓN

LAMPARILLA

N. de la D.—Las preciosas y elegantes señoritas de Bachiller Acacia (Purita) y Ofelia (Olvido) con el simpático joven Miguel Toral, han contribuido a la ilustración de la viñeta ante la cámara del incomparable Pepe Gracia.

Y a fe que les estamos sumamente reconocidos.

